

Martes XXXIV del TO
Ciclo A



28 de noviembre de 2023

Dan 2, 31-45

Dan 3

Lc 21, 5-11

P. Eduardo Suanzes, msps

A propósito de la Primera Lectura, el libro de Daniel, escrito en el s.II a.C., narra viejas historias situadas en el tiempo 400 años antes: la época del destierro y en Babilonia. El propósito del autor es (dijimos) situar (veladamente) a los poderosos actuales (seléucidas, y en concreto Antíoco IV Epífanés) en su sitio, haciéndoles ver su crueldad revelando la lógica que entraña la desmesura del poder y el trágico destino que le espera y, por otro lado, recordar a los judíos fieles cómo el pueblo de Israel había superado en otro tiempo las prueba del exilio, y cómo Dios premia siempre la fidelidad de los suyos.

Daniel, al servicio de Nabucodonosor le explica su sueño. Respecto de la identificación histórica de los reinos simbolizados en la estatua, la discusión entre los comentaristas es amplísima y está lejos de encontrar solución. Entre las diversas propuestas es interesante la de que no se trata de cuatro reinos (oro, plata, bronce y hierro) que haya que ubicar en la historia, sino de una serie no precisada de potencias humanas que en su conjunto expresan la oposición a Dios: el número cuatro según las concepciones del antiguo Oriente con indicios en la Biblia significaría la universalidad (4 puntos cardinales, 4 vientos, 4 estaciones del año, 4 ríos bordean el Paraíso y Palestina, etc...). La profecía no pretendería indicar el momento de la historia en el cual comienza la acción de Dios, sino sólo afirmar que cuando se llega al colmo de la maldad, en sus varias manifestaciones, ciertamente Dios tiene que intervenir¹.

El episodio del evangelio que acabamos de escuchar está situado justamente después del que escuchamos ayer. Allí Jesús se interesa por la donación total de una pobre viuda que suelta todo lo que tiene para amarrarse solo a Dios. Seguramente ante la explicación del Maestro los discípulos se quedarían, como siempre, un tanto desconcertados, pues como vemos en el evangelio de hoy, instantes después de lo relatado ayer, algunos de ellos están obnubilados por la apariencia de la grandeza y la belleza del Templo. ¡Y otra vez Jesús les corta las alas! ¡Qué manía! Es como si este Jesús fuera siempre a contracorriente. Pero es que no hay mucho tiempo que perder..., y ya no le queda mucho: ellos tienen que aprender en lecciones rápidas e intensas.

Cuando Lucas escribe el evangelio (cerca de los años 80), efectivamente el Templo ya había sido destruido por los romanos (año 70) y Jerusalén totalmente arrasada. El culto del Templo, aniquilado por siempre jamás y el único reducto de la religión judía quedó en los fariseos, como precuela de religión judía actual. Por tanto, ya Lucas tiene conocimiento de causa de que las palabras de Jesús tuvieron un trágico cumplimiento, pues para él la destrucción del Templo está ya en el pasado.

¹ JOSÉ HÉCTOR LÜDY. *Daniel*. Comentario al Antiguo Testamento II. La Casa de la Biblia. Ed. Atenas. Madrid, 1997

No obstante, es muy significativo que este episodio suceda inmediatamente después del de la pobre viuda de las dos moneditas. Si recordamos, en aquel episodio anterior Jesús condena el que nos guiamos por la apariencia del rico que da lo que le sobra. La pobre viuda vino apoyada en todo lo que tenía para vivir ese día y se fue vacía de todo y de ella misma. Apariencia, pura apariencia: uno parece que da y sin embargo no, y la otra parece que no, pero sin embargo sí. Es como si Jesús quisiera decir: «—pongan atención en sus vidas, vayan al fondo de las cosas: es como la estatua gigantesca de Nabucodonosor...vayan al fondo, no se queden en la apariencia». Y ahora,...¡oh qué Templo más fuerte, qué belleza!. Y sin embargo será arrasado en unos cuarenta años.

El proceso del **crecimiento espiritual** es semejante a una escalera en espiral, a una escalera de caracol: estas van hacia arriba, pero también hacia abajo. Es decir, en el proceso espiritual hay un doble movimiento que se dan al mismo tiempo: uno hacia abajo y otro hacia arriba. Y la clave está en lo que hacemos con ese «yo» interno *viejo y falso* que en muchas ocasiones se nos presenta como la estatua gigantesca de la Primera Lectura: *aparentemente* fuerte, pero sin fundamento. Cada vez que tratamos de desmantelarlo, de humillarlo de hacerle ver que no es una estatua gigantesca, que no es el más bello y fuerte de todos los templos, y lo ponemos en su sitio, en ese momento se da una liberación interior un paso más hacia nuestra resurrección interior. ¿Y cuál es el sitio de eso yo interno viejo y falso? Pues justamente el que le dio la pobre viuda de las dos monedas: ninguno. El único sitio lo ha de ocupar el Espíritu de Jesús, del que nosotros somos el Templo santo.

La morada interior de esa mujer estaba llena y solo de Dios, por eso pudo hacer lo que hizo: abandonarse por completo a la Providencia. Sin embargo, el Templo de Jerusalén se había convertido en una cueva de ladrones.

El proceso de crecimiento espiritual trata de la genuina apertura al cambio que se produce en nosotros cuando nuestros viejos mundos interiores, gobernados por esa gigantesca estatua, desaparecen. La Gracia es la presencia y acción de Cristo en nuestras vidas invitándonos a dejar marchar el punto donde no encontramos ahora y estar abiertos a la novedad que se produce en nosotros cada vez que penetramos en un nuevo entendimiento del Evangelio.

Si pensamos sobre el fin del mundo como «el mundo» que llega a su fin en nosotros cuando somos capaces de demoler la gigantesca estatua de nuestro falso yo, cuando hacemos ese movimiento de que hablaba antes de la escalera de caracol, es decir, cuando se da el crecimiento espiritual de la vida, comprenderemos que a un nuevo nivel de fe, el mundo previo que nosotros vivimos con todas sus relaciones, llega a su fin².

² Cfr. Thomas Keating. *Despertares*. 1990